

Por GUSTAVO ROBREÑO X

El muy popular humorista Gustavo Robreño, que hace años se reveló como historiador amenísimo en su Historia de Cuba, escrita en broma, ahora hace historia en serio reuniendo en un libro que acaba de ver la luz, La Acera del Louvre, la vida accidentada y pintoresca de nuestra juventud bien de otros tiempos, que hizo famosa la Acera del Louvre como escenario principal de sus haza-



ñas, ya regocijadas ya patrióticas o trágicas, y en las cuales hacían gala los muchachos de El Louvre de su buen humor y admirables aptitudes para el choteo, de su corazón generoso, de su bravura y espíritu caballeresco y de su fervor patrio. En este capítulo se relata uno de los episodios más interesantes en que fueron protagonistas aquellos mosqueteros criollos.

EL día 11 de Diciembre de 1898, la evacuación española, (ya efectuada en todas las poblaciones de la Isla y en las que las tropas americanas habían sustituido a las guarniciones coloniales) había llegado, en la Habana, hasta la Calzada de Galiano.

Era una de las rumbitas que más se adaptaban al carácter de aquella marcha triunfal criolla.

Otras guarachas y boleros aludían a la vida de los deportados a Chafarinas, Ceuta y Fernando Poo.

Y como estribillo forzado de todos esos alegres cantos de victoria, repetíase por la muchedumbre:

“Weyler, verdugo mío.
Weyler, patilla e mono.”

Conforme a lo convenido, el cese de la soberanía se venía haciendo escalonadamente, por barrios, siendo el de *Jesús María* el primero en izar el pabellón de la estrella solitaria; este acto fué solemnizado por el Padre Doval, presbítero cubano que echó a vuelo las campanas de su iglesia, embanderándola profusamente.

Con tales desahogos líricos, que no llegaban a ser insultantes, pero que, de manera grotesca y deslabazada, evocaban los horrores de la guerra y la concentración, la bulli-

A partir de ese momento y a medida que avanzaba la evacuación, los barrios en que ésta se hacía, cambiaban de aspecto y sus vecinos todos parecían atacados de locura; unos reían, otros lloraban de gozo, quienes, cantaban, bailaban o prorrumpían en alaridos semisalvajes y, los más, daban fuertes vivas a ¡Cuba Libre! que repetían millares de voces.

ciosa e interminable comparsa recorría las calles evacuadas, en donde las casas permanecían abiertas e iluminadas toda la noche, ocupados los balcones y azoteas por mujeres y niños cubanos, que agitaban enormes banderas y encendían luces de bengala.)

(Cohetes, voladores, tiros de fusil y de revólver, tambores y cornetas, charangas y comparsas, completaban el estrépito.)



El día 11, como se ha dicho, la evacuación llegaba a la Calzada de Galiano, teniendo por límite la acera de los pares, que amaneció engalanada con banderas cubanas y festines tricolores, formando un curioso contraste con la acera de enfrente, sin adornos ni ostentaciones, sobria y severa, mas no por espíritu de intransigencia ni por rencor hacia los vencedores de la guerra, sino porque la consigna oficial era la de no engalanar las casas hasta recibir la debida autorización.

La musa popular improvisó infinitos cantos, cuyas letras pintorescas y alusivas a personajes siniestros de la guerra, enardecían a los manifestantes, dándoles fuerzas para resistir día y noche aquella “rumba caminadora” a cuyo compás marchaban, sin dejar de cantar.

De la antigua Acera. Náufragos del “Hawkins”. De pie: Aurelio Hevia, Alfredo Arango. Sentados: Mariano Alberich,—muerto en el naufragio,—Bernardo Soto (Sotico) muerto en un combate en la guerra, y José Miguel Tarafa. Los tres supervivientes alcanzaron en la Revolución el grado de Coronel.

“¿Tú lo ves, Fondesviela, tú ves como yo no lloro?

Ello no obstante, los establecimientos de la acera de los nones permanecieron abiertos

¿Tú lo ves;”

(Continúa en la pág.75)

y sus dueños y dependientes, generalmente españoles, contemplaban impasibles el regocijante espectáculo que ofrecían los cubanos al desfilar, en frenético tropel, ante sus dominadores de la víspera y a quienes, sin embargo, no odiaban.

Porque es digno de mención, el caso insólito de la independencia de Cuba, en el que no hubo una sola venganza, ni represalias de ningún género, viéndose por todas partes, apenas decretado el cese de las hostilidades, a cubanos y españoles unidos en fuerte abrazo, como sello y garantía de una paz por todos deseada.

Así en los cafés, cantinas y bodegas cuyos dueños eran peninsulares, se descorchaba el champagne y corría la cerveza en señal de regocijo, por el advenimiento de la bendita paz, que reconciliaba, para siempre, a padres y a hijos.

Nadie hablaba de vencedores ni vencidos y aunque en rigor, era imposible ocultar que existía un bando ganancioso en la contienda armada, evidentemente no se escuchaban más que frases de cordialidad y amor.

Acaso algunos, los menos, sentían interiormente el dolor de la derrota, pero sabían disimularlo a maravilla y guardaban una decorosa actitud de respeto ante las naturales explosiones de alegría de quienes veían, por primera vez, ondear libremente su bandera.

Los que pasaban de una acera a otra, en Galiano, se despedían de los amigos y decían, en tono de broma, que iban a España o a Cuba Libre, según del lado que se encontrasen.

Semejante caso de confraternidad al término de la contienda, era, quizás, el único en toda la historia de la América latina.

Empero, la fatalidad se empeñó en manchar con sangre aquel cuadro de armonía luminosamente alegre y la tragedia surgió inesperada y brutal, en plena Acera del Louvre, centro de la hidalguía y caballería cubanas, firme baluarte del patriotismo, al que cupo en desgracia ser teatro de horribles crímenes y cerrar heroicamente la epopeya, librando el último y definitivo combate por la independencia.

Pepe Betancourt, que no había podido marchar a Washington con su jefe el General Calixto García, por razones de orden económico, después de haber recorrido las calles de *Cuba Libre* o sean: las evacuadas, junto con Pepe D'Estampes, Juan Manuel Pérez de Alderete, Enrique Regueira y otros libertadores, se introdujo, con sus amigos en el teatro *Cuba*, fuerte avanzado del patriotismo cubano, enclavado en el límite de la zona española, esto es: en la esquina de Galiano y Neptuno, acera de los nones.

Representábase en dicho teatro la primera obra patriótica, después de la guerra, titulada *El Alcalde de la Güira* y escrita por un viejo revolucionario, conspirador y emigrado, a la sazón empresario y director del *Cuba*.

En dicha obra, musicalizada por el Maestro Marín Varona, reproducíase un episodio de la Invasión y cuando al final de un dúo con Blanquita Vázquez, el tenor Arturo Ramírez, vestido de mambí, desplegaba la bandera cubana y al frente de un coro de libertadores, entonaba el himno de Bayamo, el público delirante, aclamaba a Cuba y a sus héroes.

Desbordábase el amor patrio, el entusiasmo llegaba al frenesí y tras prolongados aplausos, los guaracheros Ramitos y Julio Valdés eran obligados a cantar una y cien veces, ciertas décimas guajiras alusivas a la guerra e invariablemente finalizadas con el zapateo cubano.

Y cada vez que en el público se advertía la presencia de un soldado de la Libertad, a quienes se identificaba por el sombrero a la mambisa con escarapela, se reproducían las aclamaciones y era irrefrenable el estruendo.

Tales manifestaciones enardecían más de lo regular a Betancourt, Alderete y Regueira, quienes salieron del tea-

tro medio locos, sintiendo que el corazón se les salía del pecho y con ansia de lanzar a los cuatro vientos sus mal contenidos gritos de victoria.

Al cabo Betancourt llegó al café de Inglaterra en donde el General Julio Sanguily, llegado aquel mismo día de Santa Cruz del Sur, se hallaba rodeado del General Lacret, Gabrielito de Cárdenas, Carlos Maciá, Bernardo Artidiello, Carlos Ayala y Jesús Sotolongo y Lynch.

Betancourt, después de saludar a Felipe Romero y otros amigos que se hallaban cerca del mostrador, disponíase a acercarse al grupo en que se hallaban los generales, pero un hecho inesperado sembró el desconcierto entre los que allí se hallaban.

El capitán cubano Alderete había llegado con aire de triunfo al café de Tacón, pidiendo en voz alta una copa de cognac, cosa que hubo de chocarle a un numeroso grupo de oficiales españoles, que allí se hallaban comentando, a tragos, la derrota sufrida y, como es natural, nada conformes con su situación de vencidos; uno de estos oficiales miró con altivez a Alderete, haciéndole, al fin, un gesto grotesco e irreverente que remedaba un saludo militar y acompañado de estas palabras: "¡A la orden, mi general!"

Alderete, justamente ofendido en su dignidad, por semejante chunga, respondió al agravio con una agresión que, a su vez, el oficial trató de repeler; se agriaron los ánimos, salieron a relucir los revólveres y los sables de los demás oficiales y gracias a la intervención del General cubano Armando Riva, pudo conjurarse, por el momento, el escándalo, pues dominando la situación y aun admitiendo que Alderete había interpretado mal el saludo respetuoso de un oficial enemigo, sugirió el arreglo de la cuestión, por los medios usuales entre caballeros y sobre todo: entre militares.

E iba a terminar ya el conflicto de este modo, cuando inesperadamente, los oficiales trataron de agredir a Alderete a quien La Riva mandó retirar.

El capitán obedeció el mandato del superior, mas no así sus adversarios, que persiguieron a Juan Manuel hasta el hotel Inglaterra donde se había introducido.

Como se había producido el consiguiente tumulto, alguien, desde la Acera del Louvre, gritó previsoramente: "Salven a Sanguily y a Lacret, que vienen a matarlos", y éstos, que no tenían armas, atendieron las súplicas de sus ayudantes que les rogaban subieran la escalera del hotel.

Al ver entrar en el café a oficiales y soldados armados y en actitud agresiva, se produjo el natural revuelo.

Felipe Romero, a quien sorprendió el accidente cerca del mostrador, no sabiendo qué partido tomar, le dijo a sus amigos, entre bromas y veras: "Deja ver si haciéndome pasar por dependiente, me respetan."

Y despojándose del saco, del chaleco, el cuello y la corbata, se arrolló las mangas de la camisa y se puso a fregar unos vasos.

Los españoles buscaban sin cesar a Alderete que se había escudado detrás de Lacret y como trataron de apuntarle, Artidiello, que era el único armado entre los cubanos, sacó su revólver para defender al General.

—No: déjame a mí, que soy su ayudante, dijo Jesús Sotolongo; y arrebatándole el arma, con presteza, disparó contra los que le amenazaban.

Entonces un soldado español, rodilla en tierra, descargó su fusil contra Jesús, hiriéndolo mortalmente.

De modo simultáneo sonaron otros tiros; Arturo Tousset fué herido mientras subía la escalera del hotel, pues hacia allí se dirigían los tiros en su mayor parte.

Afortunadamente, pudieron contener algo el avance de los agresores los hermanos Guillermo y Eduardo Soto (este

(Continúa en la pág. 86)

último, comandante del Ejército Libertador) quienes con sus certeros disparos de revólver y exponiéndose heroicamente al fuego mortífero de la fusilería española, hicieron algunas bajas y casi repelieron el ataque.

Pero la mecha estaba ya encendido y a los pocos minutos, todo el batallón de Colón No. 1, encargado de guardar la plaza y último que había quedado para rendir honores a la bandera que debía arriarse en el Morro, se situó frente al hotel de Inglaterra, en actitud de asalto.)

Los cubanos de la Acera, por su parte, se armaron, también, como pudieron (y pudieron muy poco porque el uso de armas les estaba prohibido) y así el Coronel Rafael Peña que procedía del campamento de Menocal, en Marianao, apenas creyó iniciado un movimiento de avance sobre el hotel, descargó su revólver contra los de Colón, que arreme-

tieron con saña, causando algunas bajas y recibiendo otras, cuyo número jamás pudo saberse, pues lo ocultaron cuidadosamente.)

Despejada por un momento la Acera, acertó a pasar por ella un joven sordo, apellidado Jiménez; e ignorante de cuanto allí había pasado, se detuvo a averiguarlo en la puerta del Inglaterra, en donde fué muerto a culatazos por un grupo de soldados.)

Al cabo, los oficiales que pretendían ocupar el hotel para realizar la captura de los cubanos, fueron contenidos por el general americano Green, quien (aunque algo tardíamente) hizo allí acto de presencia.

Al día siguiente se reprodujeron los desórdenes en el entierro del valiente oficial Jesús Sotolongo y Lynch, último muchacho de la Acera, que ofreció, noblemente, su vida a la Santa Causa de la Independencia.